

Esto no lo vuelvo a hacer en la vida

Nerea N

Esto no lo vuelvo
a hacer en la
vida



Capítulo 1

La visita

Aquel mismo día, la profesora que impartía los dos últimos turnos de clases de la mañana, no pudo ir. Anita aprovechó que había salido casi dos horas antes, y sobre todo que su madre no lo sabía. Fue a un teléfono público y llamó a su novio. Milagrosamente la mamá de él no estaba. Ana le dijo que tenía que hablar con él. Y fue a verlo.

Tony vio en aquella visita sorpresa la oportunidad que estaba esperando. Calculó los 15 minutos que le tomarían a su novia llegar hasta su casa y fue corriendo al bar de la esquina y compró una cajita de preservativos. Los colocó en la gaveta de la mesita de noche junto a su cama. Y esperó que Ana tocara la puerta. Eran casi las 11:00 de la mañana.

Al entrar, se sentaron en la sala.

—Perdóname —le dijo ella—. Es que me dio un ataque de celos, cuando vi a aquella chica, que además me dijiste que es divorciada.

Tony la abrazó. Fue un abrazo largo, tierno y apasionado.

—Yo te quiero y ... —Ana hizo una pausa.

—¿Qué ibas a decir? —dijo él con su voz grave.

—Que, yo te voy a dejar que me hagas algunas cositas. He sido muy dura contigo, y no he tenido en cuenta tus necesidades de hombre.

—¿Cómo cuáles? —dijo él chico apretándola contra su pecho.

—No sé. Tú me haces y yo te digo cuando parar.

—Vamos a mi cuarto un ratito. Mi madre no regresa hasta por la tarde.

—No sé Tony —dijo Anita con voz añorada—, en el cuarto me da miedo.

—Bueno, si no confías en mí, entonces lo dejamos.

Era ese el momento y él lo sabía. Tenía que aprovecharlo. No tendría una ocasión mejor en mucho tiempo. Era ahora o nunca.

—¿De verdad que serías capaz de dejarme? —dijo casi llorando.

—Claro que no. Ven, vamos adentro que no te va a pasar nada.

Anita presentía que si entraba a aquel cuarto, cuando saliera, de allí ya no saldría una señorita. La palabra virgen no es usual en Cuba. Cuando una muchacha nunca ha tenido sexo se le llama señorita. Cuando lo tiene, independientemente que esté casada o soltera, y también sin importar la edad que tenga, se dice que es señora. Recordó oír a su madre hacer cuentos de señoritas que cuando las empezaban acariciar y a besar, “perdían la cabeza” y cuando recobraban el sentido, ya les habían roto el chochito. Pero esos eran cuentos de señoras mayores. Ella estaría atenta. Vaciló un instante y decidió correr el riesgo. La sala tenía ventanas, y si le hacía “alguna cosita” a su novio, como le había prometido antes, alguien podría verlos. En el cuarto tendría más privacidad. ¿Qué podría pedir él más allá de una paja? —esa palabra vulgar y fea que Verónica le había enseñado—. Eso ya era bastante, y estaba dispuesta a hacérsela, aunque nunca había hecho ninguna. Ya él la enseñaría. Pero su novio tenía otros planes.

—En una hora me tengo que ir. No puedo demorarme —le dijo, mirando

hacia la puerta. Mi mamá cree que estoy en la escuela. Él le sonrió, le tomó su brazo y le fue tirando suavemente hasta lograr que entrara al cuarto. Entonces cerró la puerta. Tony le dio un larguísimo beso en la boca y le quitó la blusa del uniforme. Después le desabrochó el sujetador. Ella estaba de pie y él se sentó a contemplar aquellas tetas de adolescente, que harían parar el tráfico de toda La Habana.

Se paró y comenzó a acariciarlas, primero con la mano, después con la lengua. Los pezones pequeños y duros, la areola de color rosa claro, formaba un círculo perfectamente definido. Primero la acarició suavemente, después las apretaba más fuerte. Los pellizcó suavemente. Ella hizo un gesto de dolor, pero no dijo nada.

Luego metió su mano por debajo de la saya y empezó a tocarle las nalgas. Ella se dejaba hacer, mientras lo besaba, aunque en su mente estaba calculando el momento de mandarlo a parar —“Déjame dejarlo que disfrute un poquito más”—, se dijo a sí misma.

Con mucho tacto, fue bajando poco a poco la cremayera de la falda, que no tardó en caer al suelo. Ella, sin darse cuenta, levantó los pies y la echó a un lado. Tony se quitó la camisa.

Ahora la tenía frente a él. Casi desnuda, pero era solo casi. Él quería tenerla completamente desnuda. La cama estaba detrás de ella. La empujó despacio, hasta que quedó acostada, debajo de su cuerpo. Dejó caer las chancletas detrás de él. Solo le quedaba su pantalón. Entonces, muy, pero muy despacio Tony cogió la braguita con forma de tanga por ambos lados, para bajársela. Ella lo agarró por el elástico.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó nerviosa.

—Solo quiero verlo y si me permites, darle un beso.

—Tony, me da mucho miedo y vergüenza también —le dijo nerviosa.

El chico recordaba las conversaciones de sexo que había tenido con los amigos. —“Te va a decir que tiene miedo, que le da mucha vergüenza, pero tú sigue. Cuando le hayas quitado las bragas, es tuya” —.

Finalmente, Anita soltó las manos de la parte delantera y él se lo bajó. Ella se tapó los ojos y flexionó las piernas. Se las abrió despacio y bajó su cabeza al nivel de su ingle, frente a aquel triángulo de vellos negros como un azabache. Lo primero que hizo fue abrirle los labios, para comprobar que en verdad era señorita.

En efecto, a pesar de que no había mucha luz, pudo ver que la entrada estaba cerrada. El delicioso olor que emanaba de su parte más íntima lo excitó en extremo. En un principio olía a flores de lavanda, probablemente por el jabón con qué se había aseado en la mañana, pero cuando separó los labios, color rosa y muy pequeños, que se parecían a una florecilla abierta, aspiró profundamente y el olor era dulce, se asemejaba al mango. No pudo evitar pasarle la lengua. Sintió un sabor discretamente salado. Al instante se percató de que aquella sensación le había gustado, pero no quería demorarse. En otras circunstancias, se habría tardado hasta volverla loca, pero ¿y si se arrepentía? Tenía que avanzar. Rápidamente se quitó el pantalón y el calzoncillo juntos. Ella se cubrió la cara con las manos. Tenía los ojos cerrados. Tony se colocó entre sus piernas, y

acomodó su miembro. erecto como un hierro, a la entrada de su sexo, de labios rosados y vellos negrísimos.

Al sentir la presión, se quitó las manos de la cara y fue entonces que se dio cuenta que tenía al chico a punto de penetrarla. Era muy inocente.

—¡Para Tony, por favor, para! —le dijo con voz temblorosa.

—¿Me vas a dejar así? Mira que no puedo más —dijo sin separar la punta de su miembro, de la rajita, aunque ya no le estaba haciendo presión.

—Pero no ves que soy señorita. Si sigues, me lo vas a partir. Después nadie se querrá casar conmigo.

En Cuba era frecuente el término "partir", en referencia al momento en que el pene entra por primera vez en la vagina de una mujer, rompiendo el himen.

No podía dejar pasar aquel instante. Tenía que trabajarla psicológicamente. Si se quitaba, ya no se la follaría aquella mañana, quizás nunca.

—Yo me voy a casar contigo, mi amor, mi princesa. ¿No ves que estoy perdidamente enamorado de ti? —le dijo al oído, sin cambiar la posición.

—Mentiroso. No te vas a casar nada. Te buscarás a otra que sea señorita para partírselo a ella también — dijo, poniendo cara de tristeza.

—Claro que no mi amor. Te lo juro. Eres para mí la única mujer en el mundo —le susurró tiernamente.

Anita estaba dudando. Él tenía que seguir, o perdería la oportunidad.

Comenzó otra vez a besarla en la boca, mientras, pasaba el miembro de arriba abajo, por la rajita.

—No puedo, porque no tienes ni siquiera un preservativo —dijo intentando cerrar un poco las piernas, pero no lo logró, porque él estaba dentro de ellas — . Dicen mis amigas que si una chica lo hace sin preservativo, se queda embarazada. ¿Te imaginas?

Estiró la mano y sacó la cajita.

—Me voy a poner uno para que te sientas tranquila, pero no me mires —le dijo, fingiendo que le daba vergüenza, aunque en realidad, lo que no quería era que la chica viera el tamaño y se arrepintiera. No era un pene gigante, ni nada de eso, pero sin dudas le iba a doler.

—Pero solo la puntica —dijo Anita cediendo— y me la sacas enseguida.

—Claro mi amor —le dijo, intentando infundirle confianza.

Ya con el condón puesto, ella abrió más las piernas. Estaba muerta de miedo y de vergüenza. Volvió a cubrirse la cara con las manos.

—Solo la punta. Cuando yo te diga que pares, paras.

Entonces él recordó a sus amigos: —"Cuando te dice la puntita, ya es tuya, cuando ella sienta que le está entrando, no te va a decir que no en ese momento, al contrario, querrá llegar hasta el final, aunque sea solo por curiosidad, aunque se esté muriendo del dolor. Además no querrá volver a pasar por lo mismo otra vez, en vano. Y mántenla siempre debajo de ti, que la cabeza de ella esté pegada al cabecero de la cama, para que no pueda quitarse, ni echarse hacia atrás ".

Cuando Ana sintió la primera embestida, hizo una mueca de dolor.

—Me está doliendo. No presiones tanto, que me la vas a meter.

Tony sabía que tenía que ser certero. Si se demoraba, si la penetración se ponía difícil, ella se arrepentiría. De momento, su novia creía que era solo la puntica, pero en sus planes, como en los de cualquier otro hombre, estaba metérsela hasta atrás.

Mientras Tony la reacomodaba, Ana recordó lo que le había ocurrido a su amiga Verónica, que por poco le parten el coñito jugando de aquella manera. ¿Y si la puntica le rompía el himen? Claro que se lo rompería. ¿Cómo había sido capaz de llegar hasta aquel punto?

Sin embargo, en aquel momento se dio cuenta que ya era demasiado tarde para echarse atrás. Estaban solos, en un cuarto cerrado. Ella completamente desnuda, y dentro de sus piernas abiertas había un hombre "en celo" con su miembro erecto justo rozando la entrada de su parte más íntima. Ella lo había permitido. No había sido forzada ni nada de eso. Entonces supo, sin duda alguna, que su virginidad moriría entre aquellas sábanas, en cuestión de minutos, o de segundos tal vez. Intentó no pensar más.

Sintió que Tony le había pasado sus brazos por debajo de las piernas flexionadas, impidiéndole cerrarlas. En un segundo, quizás en menos, antes de que ella pudiera pronunciar una palabra, empujó.

Y con el empujón llegó el primer grito.

—¡Me duele coño!— pero no podía moverse.

Tony, temiendo que los vecinos la oyeran, le puso un dedo sobre la boca — Si gritas, los vecinos nos van a oír — le dijo con una sonrisa — . Ella se tapó la boca con la mano, intentando disminuir la intensidad de todos los gritos que sabía que vendrían después. Debido a la posición en que él la había colocado, ella no podía hacer nada. Siguió presionando.

Las palabras de sus amigos volvieron a su mente, como un flash, en fracciones de segundos: — "Cuando hayas llegado a ese momento, empuja, sí, empuja, sin parar, y no te preocupes que va entrar de todas formas, aunque se demore un poquito. Aunque tú veas que está todo cerrado, al final tu rabo parado termina abriéndolo. Eso no es de hierro. Y déjala que chille todo lo que quiera, que eso es normal".

Empujar era la parte que más dolía, porque trataba de forzar la membrana para romperla, de ir la debilitando, hasta que al final quedara desgarrada, pero mientras no acababa de romperse, dolía muchísimo. La cabeza del miembro, redondeada y con el prepucio echado hacia atrás, intentaba forzar la entrada y destruir lo que le impedía el paso. El pene trataba a ciegas de ponerse en el mismo centro del chochito, pero no se veía ningún huequito. Solo se veía una membrana lisa y resistente que no lograba ensartar. Su miembro se resbalaba hacia arriba, por lo cerrado que estaba. Tony guió su pene con la mano y siguió presionando. Los ojos de Ana estaban contraídos en una mueca de dolor. Su chico estaba a punto de desflorarla.

Nunca se lo había imaginado así. Dentro de lo poco que sabía de sexo, se imaginaba a su príncipe azul besándola, acariciando su piel y jugando con su pelo en una habitación de hotel maravillosa, en su noche de bodas. Pero nunca había pensado en ella, abierta de piernas sobre una cama vieja y descolorida, dentro de un cuarto feo y pequeño y su hombre desnudo, intentado penetrarla. Y tanto dolor.

—Ay Tony me estás matando —dijo con la respiración entrecortada al sentir la presión que no cesaba—. Grandes gotas de sudor rodaban por su cara y su cuello. Intentaba echarse hacia atrás una y otra vez, pero la posición no se lo permitía, y "aquello" no terminaba. El muy cabrón la había acomodado de forma tal, que solo la caída de un meteorito dentro del cuarto, impediría que se la follara. Y el meteorito nunca cayó. Estaba desesperada. Por una parte deseaba que el miembro acabara de entrar, porque el dolor provocado por la presión era insoportable. Aquel trozo de carne recto y duro como un palo trataba de abrirse paso a base de empujones, intentando romper la entrada. Cada vez que él se echaba hacia delante la agonía de Anita era inaguantable. Por otra parte, temía que al romperle el himen el dolor fuera peor. Pegó su boca contra la almohada, para ahogar los chillidos.

Al fin la resistencia fue vencida y el tejido que protegía la entrada y que había resultado más resistente de lo esperado, se había ido rompiendo poco a poco con cada embestida, hasta que el agujero fue lo suficientemente amplio como para dejar que entrara. El potente miembro ahora se abría paso en un lugar caliente y húmedo, aunque muy estrecho.

Anita jamás decía malas palabras, pero aquel día fue una excepción. —Me muero cojones ... siento como si me estuvieras abriendo el coño con un cuchillo ... me está ardiendo ... —y siguió chillando—. Pero él seguía avanzando hacia adentro. Al fin había logrado penetrarla. Se separó un poco y miró hacia abajo y vio la mitad de su "sable" dentro de la chica. —Ay Tony, me muero ... eso duele mucho pinga ...suavecito ...porfa ... ¡Ay eso duele! Me arde ... coño ...me estás partiendo todo...me lo vas a reventar. Creo que me voy a desmayar del dolor. Pero ya la había desflorado.

Y siguió hacia adentro. Llegó a introducirla tan profundamente, que las ingles de ambos se unieron y los vellos púbicos se mezclaron uno con el otro entre los gemidos de él y los gritos de ella. —¡Sácamela! —le rogó mirándole a los ojos—. De verdad que ya no puedo más —y le clavó las uñas en la espalda, temblando. El chico obedeció. La retiró despacio y se quitó de encima de ella. Se echó hacia atrás, apartándose de él y se miró su sexo. Vio un hilo de sangre en la parte de adentro de los muslos y una mancha más grande sobre la sábana, debajo de ella. Desde las primeras embestidas, había comenzado a sangrar ligeramente. Ya no era virgen. El himen se había roto

completamente. El falo de un hombre había entrado en ella, hasta el final, en repetidas ocasiones.

No le gustó como había sido, pero no era la primera, ni tampoco iba a ser la última chica que se acostaba con su novio.

Él la limpió cuidadosamente con una servilleta que tenía preparada. Se acostó a su lado y la abrazó.

Unos minutos después, Tony le abrió las piernas otra vez. Quería ver cómo había quedado. El himen recién roto estaba muy rojo. Una finísima capa de sangre rodeaba los bordes, rotos, irregulares, inflamados.

—Al final lograste metérmela. Y me salió sangre —le dijo haciendo una mueca graciosa, sabiendo que ella lo había permitido — . Esto no lo vuelvo a hacer en la vida.

Tony no pudo evitar sonreír.

— ¿De qué te ríes? — le dijo con cara de enfado.

— Es que eso dicen todas después de la primera vez.

— Pero yo lo voy a cumplir — dijo apartando la mirada de los ojos de su novio.

— ¿De verdad?

— Ella lo miró otra vez y los dos rieron abrazados.

Entonces ella se percató de que la erección no había bajado nada.

—¿Por qué la tienes parada todavía? —dijo con la inocencia que la caracterizaba.

—¿Por qué no pude terminar?

Anita nunca había entendido bien lo que significaba terminar. Se sentó al lado de él, pero de frente, le quitó el preservativo y le dijo:

—Yo te la voy a hacer, pero me tienes que enseñar.

El chico hizo que rodeara la parte superior de su miembro con la mano y que empezara a subir y bajar "el pellejito" como ella le decía. Poco a poco, mejoró el ritmo.

—Ahora métetela en la boquita, porfa, pero no pares —le dijo con cara de gatito hambriento.

Ana, todavía vacilante, primero le acercó los labios, después los abrió lentamente y la metió dentro de la boca. Seguía con los movimientos. Casi al momento oyó que el chico empezó a gemir. Sin sacarla, llevó sus ojos hacia arriba, para mirarlo. Tal vez no lo estaba haciendo bien —pensó—, pero justo en ese momento sintió que un líquido espeso y salado le llenaba la boca. Su primer instinto fue sacarla, pero no lo hizo. Cuando el chico acabó, ella cogió la servilleta y escupió toda la leche. Se acurrucó junto a él , que volvió a abrazarla.

—Eso pegajoso era tu leche, ¿verdad?

—Sí, es semen Anita —le dijo al oído. Lo que nos sale a los hombres cuando nos venimos.

— Y lo que nos deja preñadas si nos cae en el toto — pensó en alta voz.

Entonces se acordó de Verónica. La iba a oír cuando la viera otra vez.

— ¿Qué sentiste? —le dijo, acurrucándola en su pecho.

—Sentí dolor.

—¿Solo dolor? —insistió él.

Y ella movió negativamente la cabeza.

— Junto al miedo que tenía, en el fondo sentía deseos de tenerte dentro de mí. Pero no ha sido fácil.

Lo había logrado. Claro que ella lo volvería a hacer, y mucho más cuando tuviera su primer orgasmo y experimentara el inigualable placer de correrse. Ahora solo habría que cuidarla, para no embarazarla e irle enseñando a follar como a él le gustaba. Lo aprendería, sin dudas. Todas al final lo aprendemos.

Lo del casamiento ... bueno ... , eso se vería más adelante. Tal vez dentro de unos años. Cuando una chica es tan joven, lo que sobra es tiempo. Los dos se vistieron, y él la acompañó hasta que solo faltaban dos calles para llegar a su casa. Más cerca no podría llegar. Capaz que su mamá al verlos solos, pensara que él pretendía desflorarla.

Fin